

## Pascal Bruckner: La euforia perpetua

Tusquets, Barcelona 2001

«El proyecto de ser feliz tropieza con tres paradojas. Se refiere a un objeto tan indistinto que, a fuerza de imprecisión, se vuelve intimidatorio. Desemboca en el aburrimiento o en la apatía en cuanto se realiza (en este sentido, la felicidad ideal sería una felicidad siempre saciada y siempre hambrienta que evitase la doble trampa de la frustración y de la saciedad). Y, finalmente, huye del sufrimiento hasta el punto de encontrarse desarmada frente a él en cuanto éste resurge» (p 17)

«La preocupación por la felicidad en su forma laica es contemporánea, en Europa, del advenimiento de la banalidad, este nuevo régimen temporal que se estableció al comienzo de los tiempos modernos y que, tras la retirada de Dios, vio el triunfo de la vida profana, reducida a su prosaísmo. La banalidad o la victoria del orden burgués: insipidez, vulgaridad» (p18)

«... por lo tanto, según la célebre frase de Karl Marx, “abolir la religión como felicidad ilusoria del pueblo es exigir su felicidad real”. La dureza católica o protestante se manifestaba desesperadamente contra la naturaleza humana y sus alegrías. Con la Ilustración, el placer y el bienestar se vieron por fin rehabilitados y se dio de lado al sufrimiento, considerado como un arcaísmo. Podríamos pensar que se pasó una página en la Historia. Al contrario. Ahí empezaron las dificultades» (p 37)

«En otras palabras, las religiones siempre tendrán una ventaja constitutiva sobre las ideologías laicas: la inutilidad de la prueba. Las promesas que nos presentan no tienen escala humana o temporal, al contrario de nuestros ideales terrestres, obligados a plegarse a la ley de la verificación. De esta misma enfermedad murió el comunismo: del choque frontal entre las maravillas anunciadas y la ignominia adquirida. No basta con proclamar el Paraíso sobre la tierra, hay que materializarlo en forma de bienestar y atractivos, contando con el riesgo, siempre posible, de frustrar las expectativas» (p 43)

«Puede que, en este aspecto, la idea de progreso entrañe cierta sabiduría, al reconocer de modo tácito que el instante presente no agota todos los atractivos posibles. La sospecha de que si el Paraíso descendiera sobre la tierra nos procuraría, quizás, una eternidad de aburrimiento, el tácito deseo de no ver jamás completamente realizados nuestros anhelos para no llevarnos una decepción, explican también la seducción del progreso: una posibilidad concedida al tiempo para que haga madurar nuevos placeres y renueve los antiguos» (p 44)

«En cuanto al objetivo de la vida ya no es el deber sino el bienestar; nos tomamos el menor disgusto como una afrenta. Tanto en el siglo XVIII como en la actualidad, la persistencia del sufrimiento, inagotable lepra de la especie humana, sigue siendo la obscenidad absoluta. El cristianismo, con gran prudencia, nunca se propuso erradicar el mal sobre la tierra, una ambición demente que hicieron suya los pelagianos y que era signo de idolatría. Pascal calificó justamente de loca esa voluntad del hombre de buscar personalmente el remedio a sus miserias. Ahora bien, la Ilustración creía en la regeneración de la especie humana a través de los esfuerzos conjugados del saber, la industria y la razón. Esta creencia no responde a un optimismo desenfrenado, sino a una mezcla bien dosificada de cálculo y de benevolencia: es posible acabar con casi todos los males que afligen

a la especie humana. Es cuestión de tiempo y de paciencia. Pero el dolor, en su infatigable retorno, desmiente esta ilusión de una perfecta racionalización del mundo. Desde ahora le corresponde al hombre, privado de la ayuda de la Providencia, eliminarlo en la medida de sus posibilidades; una responsabilidad tan exaltante como abrumadora. Había cierta comodidad nacida del pecado original...» (p 45)

«Y mientras unos intentan acabar con la desdicha en bloque, como los revolucionarios, o detalle por detalle, como los reformistas, nace la sospecha de que quizá semejante empresa sea ilusoria y de que la infelicidad siempre acompañará a la experiencia humana, como si fuera su sombra» (p 46)

«En resumen, apenas bautizada, la felicidad tropieza con dos obstáculos: se diluye en la vida ordinaria y se cruza en todas partes con el terco dolor. En ciertos aspectos, la Ilustración se propuso un objetivo desmesurado: estar a la altura de lo mejor que tiene el cristianismo. Robar a las religiones sus prerrogativas para hacerlo mejor que ellas, fue y sigue siendo el proyecto de la modernidad. Y las grandes ideologías de los dos últimos siglos (marxismo, socialismo, fascismo, liberalismo) tal vez sólo hayan sido sustitutos terrenales de las grandes confesiones, para que la desdicha humana conservara un mínimo sentido, sin el cual sería sencillamente insoportable. Por lo tanto, la modernidad sigue obsesionada por lo mismo que pretende haber superado. Lo que había que abandonar y dejar atrás vuelve a angustiar a las generaciones actuales como lo harían un remordimiento o una nostalgia. Por eso como decía genialmente Chesterton, el mundo contemporáneo está “lleno de ideas cristianas que están locas”. La felicidad es una de estas ideas» (pp 47-48)

«¿Mediante qué perverso mecanismo un derecho trabajosamente adquirido (a ser feliz) se convierte en ley y la prohibición de ayer es la norma de hoy? El motivo es que toda nuestra religión de la felicidad tiene como motor la idea de dominio: somos dueños tanto de nuestro destino como de nuestras alegrías, capaces de crearlas o invocarlas a placer. Así, la felicidad entra en la lista de las hazañas prometeicas, junto con la técnica y la ciencia; deberíamos producirla y exhibirla. De ello da fe toda una nebulosa intelectual en el transcurso del siglo XX que repite de mil maneras un credo idéntico: la satisfacción es cuestión de voluntad» (p 51)

«Sin embargo nuestro fin de siglo, siguiendo una tendencia ya observada en el siglo XIX, ha puesto la libertad al servicio de la felicidad y no a la inversa, y ha visto en esta última la apoteosis de toda una trayectoria emancipadora. Ya lo dijo Benjamin Constant, que definía la libertad de los modernos como “la seguridad de los placeres privados” y la preocupación desmesurada por la independencia individual. Durante mucho tiempo los hombres opusieron el ideal de la felicidad a la norma burguesa del éxito; y ahora esa misma felicidad se ha convertido en uno de los ingredientes del éxito» (p 55)

«La liberación de las costumbres es una extraña aventura, y por bien que la conozcamos no nos cansamos de repetirla, de saborear su amargo retorno. Durante siglos el cuerpo fue reprimido y aplastado en nombre de la fe o de las conveniencias hasta el punto de llegar a ser, en Occidente, el símbolo de la subversión. Pero una vez liberado se produjo un extraño fenómeno: en lugar de disfrutar con toda inocencia, los hombres transfirieron la prohibición al seno del placer. Éste, ansioso de sí mismo, ha erigido su propio tribunal y se condena, ya no en nombre de Dios o del pudor, sino de su insuficiencia: nunca es lo bastante fuerte, lo bastante adecuado. La moral y la felicidad, antaño enemigos irreductibles, se han fusionado; lo que actualmente resulta inmoral es no

ser feliz, el superego se ha instalado en la ciudadela de la Felicidad y la gobierna con mano de hierro. Es el fin de la culpabilidad en provecho de un eterno tormento. La voluptuosidad ha pasado de ser una promesa a ser un problema. El ideal de la plenitud sucede al de la obligación para convertirse a su vez en obligación de plenitud» (p 57)

«La felicidad ya no es la suerte que se cruza en nuestro camino, un momento fasto ganado a la monotonía de los días: es nuestra condición, nuestro destino. Cuando lo deseable se convierte en posible, se integra de inmediato en la categoría de lo necesario. Con increíble rapidez, lo que ayer era edénico se transforma en lo que hoy es corriente, una moral que impregna la vida cotidiana y deja tras de sí un gran número de derrotados y vencidos. Porque hay una redefinición de la condición social que no solamente responde a la fortuna o el poder, sino a la apariencia... Lo que nos gobierna, lo que la publicidad y las mercancías sostienen con su alegre embriaguez, es toda una ética basada en parecer a gusto consigo mismo.

“Conviértase en su mejor amigo, gane su propia estima, piense en positivo, atreva a vivir en armonía, etc.”: la multitud de libros publicados sobre el tema hace pensar que no se trata de un asunto tan sencillo. No sólo la felicidad constituye, junto con el mercado de la espiritualidad, la mayor industria de la época, sino que es también, y con la mayor exactitud, el nuevo orden moral: por eso prolifera la depresión, por eso cualquier rebelión contra este pegajoso hedonismo invoca constantemente la infelicidad y la angustia. Somos culpables de no estar bien, un mal del que tenemos que responder ante todos los demás y ante nuestra jurisdicción íntima. ¡Pensemos en esos sondeos dignos de los antiguos países del bloque comunista en los que las personas interrogadas por una revista dicen ser un 90% felices! (p 58)

«Lo sorprendente no es que el Dalai-lama seduzca a la gente tenga atractivos suficientes, y la gesta tibetana sea tan fabulosa como abyecta la ocupación china. Sino que sucumba al éxito con una alegría casi infantil, cada vez más ávida de publicidad, de foros, de entrevistas. Este profeta ¿más bien cómico de la lengua? está muy lejos de la exigencia ética e histórica de Mahatma Gandhi o de Martin Luther King, dos grandes apóstoles de la no violencia» (p 66)

«Nuestro hedonismo, lejos de ser un epicureísmo de buena ley o un dionisismo orgiástico, entraña la desgracia y el fracaso. Por buenos alumnos que seamos, el cuerpo nos sigue traicionando, la edad nos marca, la enfermedad se ceba en nosotros y los placeres van y vienen según un ritmo que no tiene que ver ni con la vigilancia ni con la resolución. No somos ni amos ni señores de nuestros momentos felices, que no se presentan a las citas que les damos y surgen cuando no los estamos esperando. Y la determinación de expurgar o desinfectar todo lo que es débil y frágil en el cuerpo o en el espíritu, la tristeza, la pena, el vacío, tropieza con nuestra finitud, con esa inercia de la especie humana que no se deja manipular como un simple material» (p 69)

«Nosotros, los condenados a la Alegría, los galeotes del Placer, hemos conseguido construir pequeños infiernos con las herramientas del Paraíso. Al condenar a la gente a estar encantada so pena de muerte social, el hedonismo se transforma en castigo, en chantaje; todo el mundo cae bajo el yugo de una despótica felicidad. En esta configuración, la infelicidad cobra la dimensión fantástica de lo que se niega y no obstante subsiste: la del aparecido, el espectro que aterroriza aún más porque no sabemos darle nombre» (p 70)

«Pero con esta liberación surge también la banalidad, es decir, la inmanencia total de la humanidad en sí misma. Sólo se puede huir hacia delante, el cielo se cubre de nubes bajas. Nos vemos

condenados a ser solamente seres de este mundo, atrapados a perpetuidad aquí abajo. Nada más que la tierra, podríamos decir parodiando una frase de Paul Morand, y su enorme extrarradio, el cosmos. Al no ser fecundado por la esperanza de una vida mejor, nuestro planeta se encoge. Con la religión había que expiar los pecados para conseguir la salvación. Ahora hay que expiar, pura y simplemente, el hecho de ser. Tras la pregunta “¿Cómo vivir conforme a Dios?”, que la humanidad occidental se planteó durante más de un milenio, llega poco a poco otra que recupera las preocupaciones de los antiguos: “¿Cómo vivir, sin más?”» (p 77)

«De aquí parten los dos caminos seguidos por el placer: o la embriaguez, búsqueda enloquecida de la intensidad, o lo gris, paradójico disfrute de las mil formas que puede adoptar lo insípido. Por eso asociamos modernidad y democracia a las nociones de mediocridad, mezquindad y trivialidad, las nuevas divinidades del pequeño burgués universal. Ésta es la aventura occidental: relegar la creencia al fuero interno, reivindicar el planeta como propiedad únicamente humana, desacralizarlo para permitir su explotación racional y científica. Pero en esta gigantesca cantera, en este extraordinario frenesí de invenciones y descubrimientos, el polvo de la banalidad vuela por todas partes, agarrota los engranajes, envenena las almas y los destinos. Se impone una heteronomía grotesca, que ya no es la de Dios sino la de *los jirones muertos del tiempo*, el desgaste en la repetición de los días que pasan. La banalidad es el destino de los hombres sin destino, una oportunidad y una servidumbre que nos toca en suerte a todos por igual. Ella es la que repatría a esta tierra el infierno, el paraíso y el purgatorio, y permite a cada cual la posibilidad de conocerlos sucesiva o simultáneamente en el curso de una vida» (p 78)

«La vida monástica, con su horario minucioso, sus largas horas reservadas a la oración y a la meditación, es la que mejor prefigura la experiencia profana del tiempo que conocemos en nuestra época... Cuando vive en la fe cada hora es preciosa, porque puede dedicarla toda entera a la gloria de Dios. Pero si duda o flaquea, le invade la *acedía* (del griego *akedia*, que significa indiferencia y tristeza), esa terrible enfermedad de los ascetas que los apartaba del Señor y los llenaba de aflicción. Es el hastío de alguien que ha dedicado su vida a la oración y al que la oración cansa, que pierde de pronto el interés por su salvación; un mal terrible contra el que la Iglesia se ha confesado impotente:

"Cuando esta pasión se adueña del alma de un monje, engendra en él horror por el lugar en el que vive, repugnancia por su celda, desprecio hacia los hermanos que viven con él o los que están lejos y a quienes considera negligentes o poco espirituales. Una pasión que le vuelve débil y le arrebató el ánimo para todos los trabajos que ha de hacer dentro de su celda, impidiéndole quedarse en ella y dedicarse a la lectura. [...] Al final, cree que su salvación peligró si sigue en un lugar como éste, si no huye de allí de inmediato, y abandona la celda con la que se vería condenado a perecer si se quedara en ella" (San Juan Casiano).

En resumen, en estas soledades donde sólo deberían reinar el fervor y el recogimiento, el hastío introduce el mal humor [...]. Si no tiene "el valor de soportar la duración" (V. Jankelevich), el monje sufre una especie de putrefacción interna. Por eso hay que mantenerlo ocupado día y noche, cuadrar su espacio mental, taponar los agujeros de los tiempos muertos, agobiarlo con diversas tareas, obligatorias a la par que inútiles» (pp 88-89)

[Sobre el diario de Amiel] «He aquí una curiosa inversión: en lugar de contar lo vivido, uno escribe para convencerse de estar vivo, se cuenta a sí mismo para ensanchar lo exiguo, se aturde con la

inagotable riqueza que entraña un destino en apariencia tan mediocre. Y el diario íntimo, o más bien el *diario de lo ínfimo*, inventa así a su propio lector, hermano en la banalidad, que disfruta viendo al autor almacenando en el granero, semana tras semana, su ridícula cosecha» (p 92)

[La utopía del *fun* ("buen rollo")] «Pariente lejano de la flema británica, primo carnal del *cool*, el *fun*, esa palabra anglosajona surgida del universo del ocio y de la infancia, no es una moral de la diversión y todavía menos del desorden en todos los sentidos. Al contrario, constituye un sistema de selección que permite aislar, en el seno de la vida ordinaria, un puro núcleo de placer, ni demasiado fuerte ni demasiado débil, que no tiene consecuencias negativas y nos impulsa hacia un universo de sensaciones agradables. Todo puede convertirse en *fun*, es decir, en objeto de una ligera efervescencia, tanto el sexo como la castidad, una boda o un viaje, una religión o una afiliación política, siempre que uno no ponga en ello un gran ardor. El *fun* es una disciplina de tamizado que levanta discretas murallas, instaura un ambiente aséptico en el que disfrutamos del mundo sin concederle el derecho a herirnos o castigarnos. Una discreta disidencia que rechaza tanto la histeria de la vida intensa como la de la agitación, y que sólo concibe la diversión filtrada, una vez interpuesto, entre nosotros y las cosas, un cojín que nos proteja de las asperezas...

... Es el sueño del hombre liberado que suelta lastre y da más importancia a la sensación que a la experiencia, al rozamiento que al enraizamiento. La densidad de lo real sólo se tiene en cuenta para eludirla. Y del mismo modo que ahora, gracias a las técnicas virtuales, podemos cantar a dúo con Elvis o actuar en una película de Bogart, el *fun* nos sume en el hechizo de un cuento de hadas: el deseo supera todas las pruebas y consigue sin esfuerzo la satisfacción. El universo pierde su aspereza, se reduce a una superficie, a formas, a imágenes. Por lo tanto se puede intentar todo, siempre que nada tenga importancia. Así es el *fun*: una utopía de ligereza total que permite todos los placeres y esquiva todas las desgracias. La vida se convierte en un juego por el que no hay que pagar ningún precio» (pp 94-95)

«Los corrimientos de tierras, las inundaciones o las avalanchas dan lugar a causas judiciales porque para nosotros ya no hay catástrofes naturales, solamente negligencias humanas. En cada drama hay que encontrar un responsable. Hemos pasado de una actitud fatalista a un comportamiento penalista; nos afligimos poco e inculpamos mucho, sobre todo en una época que la que no nos faltan chivos expiatorios. [...] Podemos demandar al Instituto Meteorológico francés por una previsión errónea, y pronto intentaremos demandar a nuestra Madre Tierra por su mal carácter» (p 99)

«Esta es la actitud norteamericana del *can do*, del "puedes hacerlo", que no pone barreras a las capacidades de un individuo con tal de que se arremangue, con el optimismo propio de una nación pionera que cree en las bodas de la eficacia y la voluntad. A la obligación de la salvación propia del Antiguo Régimen le ha sucedido la embriaguez de lo posible en las sociedades laicas, y este abanico da vértigo. Quien espera recorrer todos los caminos corre el riesgo de no emprender ninguno; una cosa es salir de sí mismo y otra creerse libre de la necesidad de elegir, es decir, libre de un marco que nos limita y condiciona nuestra libertad» (p 110)

«"Es agradable ver de qué males nos libramos" (Lucrecio). Consuelo por comparación: necesitamos el desastre ajeno para ayudarnos a soportar el nuestro y comprobar que siempre sucede algo peor en otro sitio, que nuestra condición no es tan cruel. En general, la amargura nace del contraste entre la propia suerte y la de los más favorecidos, y engendra una cadena interminable de insatisfacciones. "Ser pobre en París es ser doblemente pobre", decía Zola, y es que la cercanía de la riqueza puede volvernos locos» (p 112)

«En resumen, la competición de la codicia puede arrastrarnos a un eterno tormento. Por elevada que sea nuestra posición, no nos protege en lo más mínimo de sentir animosidad contra una posición más elevada. Y nos prohibimos vivir buenos momentos porque en otra parte los hay que viven mejor» (p 113)

«Cuando el placer es la única realidad, se confunde con el orden de las cosas y deja de ser placer (lo cual queda demostrado, a otro nivel, por la prostitución, que hace del acto más conmovedor, el abrazo carnal, un comercio o un gesto mecánico). Llega un momento en que todas esas palabras empleadas de manera automática, “pasión”, “deseo”, “placer”, “voluntad de vida soberana”, se transforman en resaca, en cantinela. Igual que hay sacerdotes del placer, hay sacerdotes del mercado o de la revolución, y sus sermones son igual de necios. Pero sobre todo, en la vida hacen falta días de vacío, *hay que conservar a toda costa la densidad irregular de la existencia*, aunque sólo sea para disfrutar de los contrastes. [...] Aunque hay días que nos alejan del tiempo y hacen que toquemos con las manos una especie de eternidad, no podemos apoyarnos en ellos para inaugurar una era de perfección; muy a nuestro pesar caemos desde lo alto del instante admirable a la duración profana, todavía sin aliento por la felicidad entrevista. No podemos abolir lo cotidiano, aunque a veces lo apartemos a un lado o le inyectemos más intensidad. *La verdadera vida existe pero es intermitente*, un relámpago en la niebla gris que nos deja llenos de emocionada nostalgia. O, más bien, la buena noticia es que no hay “verdadera vida” en el sentido de una verdad única, sino muchas vidas interesantes y posibles» (pp 117-118)

[La izquierda enrollada] «Lo que gusta no es el pueblo y su diversidad, sino la radicalidad, es decir, una mitología que se quiere aplicar por fuerza a las capas populares, lo quieran o no. Cuando el pueblo traiciona esta vocación y se sale de los dos moldes canónicos (el combativo y el quejumbroso), o se permite pequeñas alegrías, la maldición cae sobre él, lo acusan de traicionar su misión histórica. “El pueblo no sabe que es desgraciado, pero se lo vamos a demostrar”, decía Lasalle. Sois esclavos que se creen libres, grita el revolucionario indignado a los que se deleitan con sus modestas fantasías. [...] A la compañía de enderezadores de entuertos le gustaría que la gente se avergonzara de sus pequeños placeres, de vivir mirándose el ombligo en lugar de comportarse como extras en una gran narración histórica. Siempre habrá intelectuales y políticos para convertir nuestros supermercados, nuestros barrios periféricos y la fealdad de la vida corriente en un crimen peor que cualquier otro. Éste es exactamente el trabajo del revisionismo (sobre todo de la extrema izquierda), que por lo general consiste en banalizar el nazismo para nazificar la banalidad capitalista y liberal» (pp 121-122)

«Por mucho que les disguste a los cruzados de la incandescencia, no existe una revolución posible contra el aburrimiento: hay fugas, estrategias de derivación, pero el déspota gris resiste obstinadamente porque tiene sus virtudes: nos fulmina pero también nos obliga a emprender algo, nos permite profundizar en los recursos insospechados de la duración. En su torpeza, a veces es preludio de cambios radicales. Sin el aburrimiento, sin esa somnolencia del tiempo en la que las cosas pierden su sabor, ¿quién abriría nunca un libro o se marcharía de su ciudad natal? Una sociedad donde la diversión continua saturase día y noche nuestros menores deseos sería temible» (p 123)

«Según Robert Mirashi, “la vida feliz implica una experiencia cualitativa donde se dan cita la satisfacción y el significado, es decir, la densidad de una presencia de acuerdo consigo misma y la

coherencia de un sentido deseado y realizado”. Por el contrario, nos parece que un momento de felicidad es un momento robado a la tiranía del sentido, una tregua en la duración, la desaparición provisional de la inquietud. Estar contento, reír o abrazar a los seres que amamos no quiere decir nada, pero sienta bien. ¿Por qué tendría la felicidad que necesitar un sentido como un cojo su muleta? Su divina diablura es que nos premia sin razón, que estalla como una fanfarria o se cuele entre los días de modo subrepticio para eclipsarse de la misma manera. Quizá la mayor felicidad sea la que tiene un elevado grado de arbitrariedad, la que no es objeto de ninguna espera, de ningún cálculo, la que nos cae encima como un don del cielo, suspende el curso del tiempo y nos deja desconcertados, maravillados, transidos. (Y también podemos volver a visitar la humilde morada del pasado y encontrar en ella muchos momentos en los que fuimos felices sin saberlo)» (pp 123-124)

«Si una noche, por milagro, se cumplieran todos nuestros anhelos y deseos, ya solamente querríamos morirnos: por eso la inmortalidad que nos prometen las religiones es, sobre todo, una eternidad de embrutecimiento» (p 124)

«Nuestra religión de la economía, elevada al rango de suprema espiritualidad, demuestra que todos somos burgueses de una manera o de otra. La economía es el nuevo absoluto, y con sus criterios juzgamos nuestras satisfacciones y nuestras inquietudes: ha dejado de ser un servicio para convertirse en nuestro destino. De ello se deriva *la confusión moderna entre comodidad, bienestar y felicidad*, así como nuestra veneración por el dinero: pues todos nos hemos vuelto protestantes -en el sentido de que hablaba Max Weber-, todos creemos en las virtudes del dinero y el dinero como virtud (para ser más exactos, se trata de una variante puritana del protestantismo que ha echado raíces en Norteamérica y desde allí se ha extendido al mundo entero)» (pp 138-139)

«Pero si bien los gobiernos pueden crear condiciones óptimas, favorecer toda clase de fines que en sí son buenos (la salud, la vivienda, la educación, la seguridad), no les está permitido dictar sentencia sobre lo que debe ser una vida feliz. Los hombres sólo se entienden sobre los males que quieren evitar; no sabrían ponerse de acuerdo, al menos en una democracia, sobre el bien supremo que cada cual define como quiere y sitúa donde le da la gana.[...] En otras palabras, *hay políticas del bienestar, pero no de la felicidad*. Si bien la miseria nos hace desgraciados, la prosperidad no nos garantiza en absoluto la euforia y el placer. Éste es el peligro de incluir el derecho a la felicidad en la Constitución: o bien se diluiría en una miríada de derechos subjetivos que hacen caso omiso del interés común, o bien dejaríamos que la oligarquía o el Estado decidiera sobre lo que es mejor, a riesgo de caer en el autoritarismo» (pp 139-140)

«Hay que decir que desde 1989 el odio al capitalismo, lejos de disminuir, se intensifica, porque al carecer de alternativas este sistema pesa sobre los destinos del mundo con el peso de la fatalidad. No le atribuimos ninguna ventaja, apuntamos en su débito todas las desgracias. Más aún porque, a pesar de haber triunfado sobre el comunismo, ha fracasado frente a sí mismo, ha incumplido las promesas que nos prodiga por boca de sus teóricos, dejando zonas enteras del planeta en la indigencia. La única manera de “matarlo” sería adoptarlo en masa y por unanimidad hasta que pereciese bajo el peso de sus contradicciones. Pero como sólo vive de sus críticos, recibe de ellos una transfusión de energía, una garantía de permanente resurrección. Se trata de un organismo que siempre cambia y se regenera adoptando una forma inesperada» (p 140)

« [La vulgaridad] combina de manera confusa signos que no domina y se apunta mediante la

imitación a la casta que codicia. La exageración en lugar de la sencillez, la ostentación chillona en lugar de la distinción, eso es lo que traiciona el deseo plebeyo de asimilación» (p 146)

«Sin embargo, el gran misterio de la felicidad es que no se reduce a los componentes que permiten o frenan su aparición: por mucho que los reunamos en un conjunto óptimo, la felicidad los sobrepasa a todos, no se deja delimitar ni definir y se desintegra, como el ala de una mariposa, en cuanto creemos tenerla en la mano. Pero, sobre todo, la vida tiene la estructura de una promesa, no de un programa. En cierto modo, nacer es ser prometido a la promesa, a un futuro que palpita frente a nosotros y del cual no sabemos nada. Mientras el porvenir muestre el rostro de lo imprevisible y de lo desconocido, esta promesa tendrá un precio. Es propio de la libertad llevar la existencia a un lugar distinto al esperado, desbaratar los códigos biológicos y sociológicos. La excitación de no saber de qué va a componerse el día de mañana, la incertidumbre de lo que nos espera, son superiores en sí mismas a la regularidad de un placer grabado en nuestras células. En todos los sentidos figurados, hay un valor que supera infinitamente a la felicidad: es lo novelesco, esa maravillosa capacidad del destino para reservarnos sorpresas hasta el final, para asombrarnos, para apartarnos del camino que seguíamos. ¿Acaso no es mejor preferir una historia sin felicidad, pero llena de animación, a una felicidad sin historia? No hay nada peor que esa gente que siempre está contenta, en cualquier circunstancia; gente que parece haberse pintado una mueca radiante en la cara, como si cumpliera una cadena (¿condena?) perpetua de alegría» (pp 147-148)

«Si no queremos transformar la democracia en fracaso espiritual, hay que proteger al pueblo soberano contra sí mismo, contra sus caprichos, contra la masificación que impone simplemente a fuerza de números. Hay que colonizar en provecho de la democracia algunos valores tradicionalmente considerados como freno a su expansión; el fervor, la revuelta, la grandeza, la intransigencia. Para durar, la democracia necesita a sus propias antítesis, que amenaza con aniquilarla, pero que también puede revivificarla» (p 150)

«La cortesía es una pequeña estrategia, un artificio admitido para desbaratar la agresividad, para hacer más fluidas las mezclas humanas, para reconocer el lugar del otro sin usurpar su libertad. Es urgente recobrar un civismo que sepa conciliar deferencia y flexibilidad, recrear reglas simples e incluir entre ellas, por qué no, la vieja galantería, el tacto, el principio de delicadeza. Hay otros modos de vida en común además de la rigidez estudiada, la pseudocomplacencia o la grosería (p 151)

«Nuestras certezas sobre este tema son negativas: no sabemos lo que es una buena vida, sabemos lo que es la mala, la que no deseamos a ningún precio. No me diga usted lo que debe ser una vida realizada, cuénteme la suya, cuénteme la transfiguración de sus fracasos en una empresa que tenga sentido para todos. Si bien no podemos evitar hacernos la pregunta, tenemos que evitar responder por miedo a cerrar el abanico, a acabar con las posibilidades.

Sabemos de personas cargadas de honores y de medallas que consideran estas condecoraciones un entierro anticipado; ya los han catalogado para siempre. Abstengámonos de conclusiones, démosle a cada cual la posibilidad de caer, de volver a levantarse, de extraviarse, sin encerrarlo en un juicio. Hay algo cierto en la teoría de la reencarnación: es aquí abajo donde podemos vivir numerosas existencias, renacer, volver a empezar, abandonar un camino por otro. Lo esencial es poder decir “he vivido” y no “he vegetado”. Nunca estamos ni salvados ni condenados; y todos moriremos en algún lugar de lo inacabado» (pp 154-155)

«La posibilidad que se le ofrece a cada cual de enriquecerse o, al menos, de vivir con desahogo, ha



disparado la codicia y a la vez ha trivializado un universo que en otros tiempos parecía prodigioso. El rico es un pobre que ha tenido éxito, sobre todo cuando vemos a tantos jóvenes convertirse, gracias a las nuevas tecnologías, en millonarios a los treinta años» (p 158)

«La ascensión a la cumbre de la pirámide suele engendrar en todo el mundo, si exceptuamos algunos excéntricos, disciplina y conformismo: las altas esferas están condenadas al gueto. [...] Lo que a los ricos les parece un imperativo -encerrarse en sus zonas residenciales, no hacerse amigos del primero que llega, cerrar la puerta a lo inesperado-, a los demás nos parece el colmo del fastidio. *El mundo del capital es triste* porque no es el mundo de los intercambios, sino de la veda y del autismo. Como si el dinero, cual insaciable divinidad, tuviera que circular día y noche sólo para petrificar a quienes lo poseen» (p 159)

«Desconfiemos de los carroñeros de la desgracia, que se irritan con nuestra prosperidad pero que, al primer golpe duro, corren a la cabecera de nuestra cama y se deleitan con nuestros infortunios. Desconfiemos de todos aquellos que hacen profesión de adorar a los pobres, los perdedores y los excluidos. En su solicitud se oculta una especie de desprecio disfrazado, una manera de reducir a los miserables a su angustia, de no considerarlos nunca como iguales. Y entonces, bajo la máscara de la caridad, triunfa el resentimiento: amor por la desgracia, odio por los hombres. Sólo se les perdona la vida si sufren» (p 191)

«Frente al sueño pueril de una existencia que alcanzara sin esfuerzo sus más altas metas, hay que afirmar que la excesiva facilidad -cuando se desvanece el atractivo de la resistencia y todo se consigue de inmediato- mata el placer. Para que la satisfacción sea completa hay que caminar al paso del tiempo, madurar poco a poco los proyectos, evitar la precipitación que da al traste con los más bellos impulsos. *No llamemos sufrimiento a lo que sólo es signo de inconclusión*, llamémosle limosna, maravillosa sorpresa, oportunidad de perfeccionarnos [...]. Con cada obstáculo vencido y superado aumenta el valor del objetivo; el cansancio del trabajo puede proporcionar un placer incomparable. El dolor desanima a unos y enardece a otros» (p 194)

«El drama del rico heredero es encontrarse la vida masticada y digerida antes incluso de aprender a hablar; estar hastiado de todo sin haber saboreado nada. Puesto que los valores no se establecen en el acto y que no somos de inmediato lo que debemos ser, el camino hacia la verdad es una senda caótica que implica tensión y meditación. Sólo nos forma lo que nos repele; nuestros proyectos crean en el mundo un campo de actividades, de fracasos y éxitos potenciales. Por eso cualquier educación, incluso la más liberal, es un desgarramiento, la expulsión de un estado de feliz ignorancia, un acto de violencia infligido a un niño para que se encarne en la dimensión de la palabra y de sus saberes. En resumen, una vida sin lucha, sin lastres, sin esfuerzos de ningún tipo, una vida que fuese una línea recta en lugar de una “pendiente escarpada” (Jenofonte) sería también un monumento a la languidez» (pp 194-195)

«Pero si es cierto que el hombre sólo alcanza la humanidad a través de las pruebas, hay que distinguir éstas de la penitencia. Contrariamente al mito según el cual hay que haber sufrido mucho para conocer a los seres humanos [...], la desgracia no instruye a los hombres, sólo los vuelve infelices y amargados. “Muy poco amor hay que tenerle a la humanidad para pensar que una vida sólo avanza destrozándose”. En otras palabras, sólo son benéficos los deberes a los que podemos dar sentido y que terminan enriqueciendo la vida, como cuando nos sentimos más fuertes después de superar una experiencia que parecía querer acabar con nosotros. [...] Lo apasionante de las

biografías, ya sean de gente corriente o famosa, con su alternancia de apogeos, caídas y resurrecciones, es que hablan de individuos corrientes pero capaces, en las situaciones desesperadas, de dar prueba de un valor excepcional o de encontrar una solución. El héroe contemporáneo es un héroe circunstancial que se ve empujado a su pesar al margen de las normas habituales; un luchador por azar, no un profesional de la valentía» (p 195)

«Sólo nos gustan las obligaciones que nos imponemos para conseguir una meta superior, cuando estamos dispuestos a exponernos a los mayores riesgos para conseguir nuestros fines (por eso al contrario de lo que nos repite más de una religión oriental, hay que rehabilitar el yo, el amor propio, la vanidad y el narcisismo, cosas todas ellas excelentes cuando contribuyen a fortalecernos). [Cf. “calvario” de los deportistas]. Que cada cual establezca el umbral de esfuerzo que no desea sobrepasar [...]. Este es el proyecto moderno de mezclar voluntad y autonomía: gracias a él lo inhumano se vuelve humano porque así lo queremos y porque nosotros mismos establecemos el baremo de los dolores que estamos dispuestos a soportar. El “sufrimiento saludable” es el que declaramos necesario para enriquecernos, el que podemos convertir en fuerza y conocimiento. (p 196)

«Por desgracia, no podemos elegir los golpes que nos asesta la vida; la angustia no nos invade a gusto del consumidor, sino que irrumpe como una furia, sobre todo en esa forma moderna e insignificante de la catástrofe que llamamos accidente. La existencia merma cuando la adversidad anónima prima sobre la adversidad libremente consentida, cuando ya no nos atrevemos a arriesgarnos o a acercarnos al borde del precipicio por miedo a tentar a la suerte y a traer sobre nosotros mil desgracias. Si pudiéramos encontrar una razón y un sentido para cada herida, no habría ni tormento ni desolación. Pero no podemos, y por eso el dolor sigue siendo inenarrable, atroz: ni nos espabila ni nos enseña nada» (p 197)

«Todas las creencias son respetables; pero hacer de la muerte una puerta a un mundo mejor, convertir el peor infortunio en la mayor dicha (lo cual es otra forma de negación) es una petición de principio. Frente a la muerte, decía más modestamente Jankelevich, no hay ni victorias ni derrotas, porque no es un adversario con el que se pueda luchar, sin embargo, nuestros amigos de la Muerte, nuestros hambrientos de moribundos, parecen poseer el viático, la solución de los últimos instantes invariablemente convertidos en *happy end*. Su profesión de fe oculta un odio a la vida, una espantosa avidez de desgracias, que recuerdan las páginas más negras del cristianismo. ¡Qué extraño empeño en afirmar una y otra vez que el duelo, la pena y las enfermedades incurables enriquecen al hombre! Incluso si esto llega a ser cierto para algunos individuos que lo proclaman a título estrictamente personal» (pp 206-207)

«*Que no todo sea posible no significa que nada esté permitido*. Y apenas trazamos la línea divisoria entre la fatalidad insuperable y la injusticia modificable, ya tenemos que cambiarla de sitio. No podemos hacerlo todo, pero podemos intervenir en los ámbitos que dependen de nosotros, aliarnos con la “naturaleza” y luchar contra ella cuando intenta eliminarnos. Ésta es la actitud pragmática de nuestras sociedades, que a falta de poseer la clave de la angustia humana, proceden a toda clase de bricolajes terapéuticos y solidaridades momentáneas, combinando así la humildad y la determinación. Somos libres de aflojar nuestros lazos, pero no de librarnos de ellos para siempre, y sólo fijamos límites para extralimitarnos mejor. [...] Esta guerra prende tantos focos como apaga. [...] Lo que estamos descubriendo ahora, con torpeza y dando palos de ciego, es un arte de vivir que abarque la comprensión de la adversidad sin caer en el abismo de la renuncia, un arte de la

resistencia que nos permita vivir con el sufrimiento y contra él» (pp 207-209)

«La felicidad no puede convertirse en el fin último de las sociedades humanas ni en el fundamento de la acción. Hay que subordinarla, como el sufrimiento, a la libertad. No podemos basar ni una moral, ni una política ni un proyecto en esos momentos de acuerdo consigo mismo y de armonía con la naturaleza, esas luminosas páginas que transfiguran nuestra existencia. Si hay que enseñar a los hombres a que resistan a sus inclinaciones, es porque no todos los fines son compatibles y hay que jerarquizarlos, excluyendo algunos que sin duda apreciamos. Hay circunstancias en que la libertad puede ser más importante que la felicidad, o el sacrificio más importante que la tranquilidad» (p 215)